

y que les costaba gastos enormes, de quince á veinte mil enfermos y la vergüenza de ver reducida al ridículo la expedición marítima más colosal que había presenciado el siglo. Pero no había que deliberar; envióse al punto á Londres el dictamen del consejo de guerra, y en las cuarenta y ocho horas que podía tardar el buque encargado de llevarlo y de traer la respuesta, ocupáronse los ingleses en retroceder y conducir á bordo los enfermos para trasladarlos á su país.

El 2 de septiembre aprobó el gabinete británico el dictamen del consejo de guerra, y ratificó el desistimiento de una expedición que había costado tantos esfuerzos y prometido tan grandiosos resultados. Empezaron de nuevo los ingleses la difícil operación de conducir por el Escalda sus mil quinientas naves de todas formas y dimensiones y de embarcar su gente, sus caballos y sus cañones. Muchos de sus buques dieron la vela con dirección á las Dunas. Pero no era posible dejar al ejército donde estaba. Ya había quince ó diez y ocho mil soldados enfermos é inútiles: embarcáronlos como pudieron, estableciendo un pasaje continuo entre la isla de Walcheren y las Dunas. Por no hacer ver que la expedición había sido enteramente infructuosa, lo cual se confesaba evacuando inmediatamente á Flesinga, se resolvió dejar allí una guarnición de doce mil hombres, y enviarles diariamente ochocientas pipas de agua de las Dunas, por ser el agua de Flesinga la causa principal de las calenturas. Estuvieron desde entonces ocupados sus transportes en aquel viaje de ida y vuelta, llevando agua y trayendo enfermos. Cuatro mil habían ya sucumbido en Walcheren; doce mil fueron trasladados á Inglaterra, donde muchos morían al desembarcar; por último, viendo la gran mortandad que había en la guarnición de Flesinga, se resolvió no dejar más tropas que las estrictamente necesarias para defender la plaza, reservándose evacuarla definitivamente y volar las fortificaciones si la paz, que debía firmarse en breve, llevaba otra vez los ejércitos franceses del Danubio al Escalda.

Cuando los franceses advirtieron el movimiento retrógrado de los ingleses (lo cual sucedió muy pronto), fué indecible su júbilo: al júbilo siguieron los sarcasmos, y presentó Amberes el espectáculo tumultuoso consiguiente á la embriaguez de un triunfo poco costoso. Debíase exclusivamente la victoria á la actitud enérgica del general Rousseau, que había libertado á la isla de Cadzand; á la resistencia del general Monnet, que había hecho perder á los ingleses un tiempo precioso, y por último, á la serenidad del almirante Missiessy, que había salvado á la escuadra con sus atinadas maniobras. Sin embargo, el mariscal Bernadotte, dispuesto siempre á elogiarse, dirigió una nueva orden del día á sus tropas dándose el parabién por el triunfo que acababan ellas de conseguir contra los ingleses: orden del día que no había de producir en Schœnbrunn mejor efecto que la famosa que dirigió á los sajones después de la batalla de Wagram.

Parecía llegado el caso de suspender los alistamientos de los guardias nacionales que traían agitado el país desde Lila á Gante y de Gante á Amberes, que al par-

tir expresaban su descontento en términos enojosos, que durante la marcha desertaban casi todos, y que al llegar á su destino eran tan inquietos como indisciplinados. Así opinaba el general Clarke; pero el ministro Fouché, que había merecido la aprobación del emperador para el primer alistamiento, y que sacaba partido de las revistas de París y del impulso general dado á las poblaciones para hacerse importante, siguió armando gente y propagó las milicias cívicas á todo el litoral del imperio, hasta Tolón y Génova, so pretexto de que los ingleses, al evacuar la Zelandia, podían vengarse de su desastre en Flandes invadiendo la Guiena, la Provenza ó el Piamonte.

Todas estas noticias fueron comunicadas á Napoleón en los primeros días de septiembre, y al recibirlas se llenó de júbilo, y más aún de orgullo, atribuyendo el triunfo á su feliz estrella, que creyó ver brillar con nuevos resplandores después de haber palidecido dos ó tres veces desde los malhadados asuntos de España. «Es una consecuencia de la dicha que acompaña á las actuales circunstancias, escribía, esa expedición que deja aniquilado el esfuerzo más grande de la Inglaterra, y nos proporciona además un ejército de ochenta mil hombres que de ningún modo hubiéramos conseguido en otro caso.» Quiso que se siguiera organizando el ejército del Norte; que se reunieran cinco legiones de guardias nacionales, bajo cinco senadores, reduciendo su fuerza efectiva solamente á los jóvenes vigorosos y dispuestos al servicio; que acabara de completarse el material de la artillería para arrojar á los ingleses de Flesinga, caso de que persistieran en su ocupación, ó bien para volver á Alemania si se renovaban las hostilidades con Austria. Por último, descontento Napoleón del mariscal Bernadotte y de su inclinación á envanecerse de las operaciones más sencillas, y receloso de verle al frente de un ejército compuesto de antiguos oficiales republicanos y guardias nacionales, hizo que el ministro Clarke le diese las gracias por sus servicios, y mandó al mariscal Bessieres que se encargase del mando en jefe del ejército del Norte.

Tales fueron en el año 1809 los esfuerzos de los ingleses por disputar á Napoleón la península y destruir en las costas sus vastos armamentos marítimos. Con pocos soldados y un buen general habían hecho frente en España á tropas admirables malamente dirigidas; y en Flandes, con tropas excelentes, sin general que las mandase, habían sufrido un revés ante las tropas bisoñas que llenaban la plaza de Amberes. Pero la fortuna de Napoleón dominaba todavía en uno y otro teatro; sir Arturo Wellesley, perseguido por la gran masa de los ejércitos franceses, se retiraba á Andalucía descontento de sus aliados los españoles y sin esperanza de sacar ventaja alguna de aquella guerra, y lord Chatham regresaba á Inglaterra lleno de confusión. Podía, pues, Napoleón arrancar al Austria abandonada una paz gloriosa y salvar su grandeza y la nuestra si aprovechaba las lecciones de la fortuna, que también ahora parecía haberle castigado un instante para corregirle más bien que para abandonarle.

## DOCUMENTOS

### RELATIVOS Á LA BATALLA DE TALAVERA

(Véanse las páginas 39 á 43)

*Resumen del informe histórico de las operaciones del primer cuerpo del ejército de España, mandado por el mariscal Víctor.*

1809

El ejército tomó posición el 26 de julio por la tarde en Santa Olalla, la caballería en el Bravo-Etoten y Domingo Pérez. Súpose en Santa Olalla que Cuesta había llegado allí la víspera con su ejército, que los ingleses debían seguirle, y que en cuanto había sabido el general español que su vanguardia se batía en Alcabón, había verificado su retirada á Talavera. El 27 emprendió el ejército el movimiento á las dos de la madrugada hacia Talavera, rompiendo la marcha el primer cuerpo, asistido de la caballería de Latour-Maubourg que formaba su vanguardia, y que tuvo encuentro con la retaguardia del enemigo á la altura de Cazalegas; componíase de tropas inglesas del cuerpo de diez mil hombres que había pasado allí el día 26; replegóse precipitadamente al Alberche y se guareció tras él.

El primer cuerpo estaba reunido en la mesa que domina el Alberche, á cosa de la una: divisábanse en la orilla derecha algunos escuadrones enemigos sin infantería; veíanse en las alturas detrás de Talavera, y mirando al Norte, movimientos de tropas, mas no era posible venir en conocimiento de las fuerzas y disposiciones del ejército enemigo por estar poblado de encinas y de olivos todo el terreno que se extiende del Alberche á Talavera y á la mesa que domina la ciudad. A favor del bosque ocultaba el enemigo sus disposiciones y se aprestaba á admitir la batalla.

El señor mariscal duque de Bellune, que durante su permanencia en Talavera había reconocido perfectamente el terreno, se imaginó la posición que iba á tomar el enemigo, apoyando su derecha en Talavera, su izquierda en la montaña que forma como un contrafuerte de la vega del Tietar, y fortificándose con un cerro que se alza á Levante en una cuesta escabrosa y se inclina á Poniente por medio de una pendiente suave, uniéndose con otros cerros pequeños que en dirección de Talavera se prolongan. Entre dicho cerro y la montaña hay un valle de trescientas toesas de longitud, donde empieza un barranco que va de Norte á Sur, y que cubriendo la izquierda y el centro del enemigo, va á perderse al valle de Talavera, donde principia el olivar en que apoyaba su derecha el enemigo. Tenía esta de-

recha delante un terreno quebrado, del cual sacó partido alzando obras de fortificación y haciendo talas para que fuese su acceso más dificultoso. Conducen del Alberche á la posición del enemigo dos caminos cómodos para la artillería: es el uno la carretera de Talavera y pasa el otro por la casa de Campo de Salinas. Prolóngase por espacio de media legua en el Encinar, y para tomarlo hay que vadear el Alberche.

La nube de polvo que se divisaba hacia Casa de las Salinas hacía presumir que tuviese allí el enemigo un cuerpo de vanguardia. El señor mariscal duque de Bellune, cuyo proyecto era maniobrar sobre la izquierda del enemigo con todo su cuerpo, mientras el señor general Sebastiani con el 4.º y sostenido por la reserva hiciese una división hacia la derecha y la caballería del general Latour-Maubourg observase el centro, mandó al general Lapisse que pasase el Alberche, se dirigiese á las Salinas y desalojase al enemigo, y al general Ruffin que pasase también el Alberche sólo con la infantería y apoyase por la derecha el movimiento del general Lapisse. Muy en breve rompió el tiroteo el 16 de infantería ligera que estaba á la cabeza de la división Lapisse, y el fuego fué muy vivo por espacio de una hora. Tenía allí el enemigo seis mil hombres sostenidos por cuatro bocas de fuego, é iba lentamente retirándose de una á otra posición; pero el general Chaudrón-Rousseau, que dirigía el 16 ligero, sacando partido con destreza de un terreno menos poblado de árboles, le mandó acometer al enemigo á la bayoneta, lo cual ejecutó con el denuedo que le distingue. Pronto el enemigo fué completamente derrotado, y sólo trató de alcanzar á la carrera el grueso de sus tropas.

El señor mariscal duque de Bellune, que se había dirigido á aquel punto, envió orden al general Villatte de que pasase el Alberche y tomase la misma dirección que el general Ruffin; á la brigada de caballería ligera del general Beaumont que sostuviese á la división del general Lapisse, que seguía avanzando lo mismo que el general Ruffin; al general Latour-Maubourg que pasase el Alberche con su caballería y formase en la llanura situada entre la carretera de Talavera y la de las Salinas, y á la artillería de las divisiones y reserva que vadeasen el Alberche y siguiesen por el camino de Casa de las Salinas el movimiento de la infantería.

Desembocaban las divisiones Lapisse y Ruffin del encinar; el terreno empezaba á despejarse, y hubieran fácilmente podido distinguirse los movimientos del ene-

migo á no ser tan tarde. Divisábase sin embargo un cuerpo de diez ó doce mil hombres que se dirigían apresuradamente á tomar posición; y la artillería, que había asomado por la mesa al mismo tiempo que las divisiones, hizo en ellos considerable daño y produjo en sus filas el mayor desorden. Fué éste mucho mayor en la derecha del ejército enemigo, que sin ser atacada se pronunció en completa derrota, en términos que la acción hubiera quedado concluída si el cuarto cuerpo hubiese podido en aquel momento entrar al ataque. El general Cuesta, según noticias traídas por los prisioneros, los desertores y los paisanos, había tenido que enviar cinco regimientos de caballería para reunir los dispersos, y hasta muy entrada la noche no pudo recobrar sino una parte de ellos.

Mandó el general español diezmar á los oficiales, subtenientes y soldados de varios regimientos. Este pánico había sido comunicado á su ejército por el movimiento rápido del primer cuerpo sobre la izquierda del ejército combinado.

Las divisiones Ruffin, Villatte y Lapisse hallábanse á medio tiro de cañón de la posición enemiga, había cerrado la noche y no podía ya empeñarse la acción; pero el mariscal duque de Bellune creyó que si á merced de la obscuridad y de la confusión introducida entre las tropas enemigas por su acometida veloz é impetuosa, se conseguía tomar el cerro que podía considerarse como llave de la posición, no podría ya el enemigo mantener el campo sin exponerse á una completa derrota, y en consecuencia mandó al general Ruffin que tomase el cerro con sus tres regimientos, al general Villatte que sostuviese el ataque y al general Lapisse que escaramucease hacia el centro de la línea enemiga, pero sin empeñar refriega.

No produjo este ataque el resultado que era de esperar: el noveno regimiento, que formaba la cabeza y que le determinó con el ardimiento que le es propio, no fué sostenido; la obscuridad que reinaba hizo que tomase una dirección extraviada el regimiento 24, y la marcha del 96 se retrasó por el paso del barranco. El enemigo, que conocía lo mucho que importaba conservar el cerro, había hecho que lo guarneciesen varios batallones sostenidos por otras tropas en cuanto vió que el enemigo le embestía. Podía fácilmente, por la particular conformación del cerro, proporcionarse refuerzos con toda prontitud, al paso que nosotros, para enviar los nuestros, teníamos que vencer los obstáculos del terreno. Casi había llegado el 9.º regimiento á la cúspide, y aun algunos hombres habían perecido al coronarlo; pero forzado á habérselas de nuevo con tropas de refresco, tuvo que replegarse, y lo hizo hasta la mitad de la bajada, donde se mantuvo firme. Cubrióse de gloria en esta acción, donde perdió trescientos hombres entre muertos y heridos; distinguióse particularmente el coronel Meunier, que recibió tres balazos. La artillería estaba situada en un montecillo formado por una sinuosidad del terreno que corre á Levante desde el cerro grande, y domina el valle de la derecha, la mesa y el llano de Talavera. Habría podido en rigor favorecer el ataque del cerro, pero se temió que sus disparos alcanzasen á nuestras tropas. El señor mariscal duque de Bellune juzgó que no se debía repetir el ataque por el excesivo cansancio de las tropas, que estaban mani-

obrando desde las dos de la madrugada, siendo ya las diez de la noche.

La división Ruffin tomó posición al pie del cerro con sus dos regimientos, quedando el 9.º de infantería en la que antes ocupaba.

La división Villatte de reserva detrás de la artillería y sobre la línea.

La división Lapisse en columna por regimientos en la mesa, haciendo frente al centro del enemigo.

La caballería del general Latour-Maubourg detrás y de reserva.

La brigada del general Beaumont en segunda línea detrás de la división Ruffin.

Percibióse en el ejército combinado á las once de la noche y á las dos de la madrugada un tiroteo prolongado de derecha á izquierda, que se creyó ser resultado de alguna equivocación ó terror pánico.

El señor mariscal duque de Bellune envió durante la noche á S. M. C. su ayudante de campo el general Chateau para enterarle de los sucesos del día y saber sus intenciones para las operaciones del siguiente; encargóle hacer presente á S. M. C. que en su juicio el ataque debía darse siempre sobre la izquierda del enemigo, pero que el cuarto cuerpo debía también operar sobre la derecha para sostenerle.

El 9.º regimiento había hecho en la mesa unos cien prisioneros, entre ellos cuatro oficiales; supose por éstos que el ejército inglés ocupaba la izquierda desde el olivar hasta la montaña, y que los españoles se hallaban á la derecha ocupando á Talavera con fuerzas numerosas.

Al rayar el día se vió al enemigo coronando el cerro, al cual había llevado cuatro bocas de fuego, con una línea de infantería que apoyaba su izquierda en el mismo cerro y su derecha en el olivar, y detrás otra línea de caballería.

Divisábanse otras cinco ó seis líneas de infantería y caballería detrás del cerro y en la prolongación del Casar de Talavera.

Varios escuadrones observaban á la izquierda el valle donde estaban sostenidos por dos ó tres batallones: en cuanto á la derecha no era posible juzgar de qué tropas se componía, porque lo estorbaba el olivar; distinguiábase solamente de siete á ocho mil hombres entre infantes y caballos delante de Talavera.

El reconocimiento practicado aquella mañana por el señor mariscal duque de Bellune en todo el frente de la línea enemiga le confirmó en la opinión que había formado la víspera de que la toma del cerro podía decidir la suerte de la batalla, y despachó nuevamente al coronel Chateau para que previniese á S. M. C. de que iba á embestir el cerro, rogándole que hiciese operar al cuarto cuerpo, sostenido por la reserva sobre la derecha del enemigo, mientras amagase á su centro el general Lapisse con la caballería del general Latour-Maubourg en segunda línea. Despacháronse órdenes á los generales del primer cuerpo. El general Ruffin dispuso sus tres regimientos al ataque del modo siguiente: el 9.º de infantería ligera á la derecha, el 24 en el centro y el 96 á la izquierda en columnas cerradas por divisiones y batallones. En este orden entró su división al ataque, rompióse en breve el fuego, y el regimiento 24 ocupó de allí á poco la primera mesa del cerro. Continuó la embestida, sosteniéndole siempre el 9.º y el 96; iba ya

á coronar la altura y á apoderarse de las piezas, cuando el enemigo hizo acometer á los tres por tropas de refresco, que sacó fácilmente de su centro poniendo en su lugar las de su derecha, que no había sido atacada. La acción fué sangrienta, pero fatigadas nuestras tropas por las pérdidas sufridas tuvieron que abandonar el cerro y replegarse. Este movimiento retrógrado se ejecutó ordenadamente y despacio para que los heridos tuvieran tiempo de retirarse, de modo que cayeron muy pocos en poder del enemigo. Los regimientos 9.º, 24 y 96 se han conducido como cumple á su reputación; cada uno de ellos ha perdido más de quinientos hombres entre muertos y heridos, y más de dos terceras partes de sus oficiales quedan fuera de combate. Dirigieron este ataque los señores generales Ruffin y Barrois, los cuales se han distinguido por sus acertadas disposiciones y por la serenidad con que las han ejecutado, habiendo coadyuvado á ellas con loable celo el jefe de batallón Regeau, comandante del 9.º, el coronel Jamín del 24 y el jefe de batallón Loyard del 96: este último ha sido herido, lo mismo que el ayudante Challier del general Ruffin y Augusto Vilmorín del general Barrois.

Hasta entonces el enemigo sólo había sido atacado por la izquierda: penetrado el rey de la necesidad de dar á las operaciones una marcha uniforme para lograr el triunfo que podía prometerse á pesar de la superioridad numérica del enemigo y de su ventajosa posición, fué al campo en persona, y después de reconocer la línea enemiga determinó un ataque general contra todo su frente, transmitiéndose á los generales las siguientes disposiciones:

La división Ruffin debía envolver al enemigo por la izquierda, siguiendo la falda de la montaña.

El general Villatte debía amagar al cerro con una brigada, y conservar el llano con otra y con el batallón de granaderos.

La instrucción dada al general Lapisse era que pasase el barranco y acometiese al centro del enemigo, sostenido por la división de dragones y la división Dessoles.

Mandábase al general Sebastiani que dejase la carretera de Talavera, la cual iba á ser observada por la división de dragones de Milhaud, y uniese su ataque contra la derecha del enemigo con el del centro, encomendado al general Lapisse.

Dióse á la artillería la disposición consiguiente; eran las dos de la tarde cuando recibieron los señores generales estas instrucciones; á la misma hora recibió el enemigo un refuerzo de todas las tropas inglesas destacadas á las montañas y que formaban parte del cuerpo mandado por el general Wilson. Asomaron por el camino de Mejorada y fueron á formar en cuarta línea en la prolongación del cerro grande, dirección del Casar de Talavera. Había sido preciso también destacar alguna tropa para coronar la cúspide de la montaña y tener á raya á unos batallones portugueses enviados á aquel punto.

Situaban los generales sus tropas para maniobrar según las disposiciones aprobadas por S. M. C. Para empezar con las suyas esperó el señor mariscal duque de Bellune que llegase el cuarto cuerpo á su altura; en cuanto rompió el movimiento avanzaron con sus tropas los generales Lapisse, Villatte y Ruffin.

El general Lapisse pasó el barranco, sosteniéndole la

caballería del general Latour-Maubourg y reforzado con dos baterías de diez y ocho piezas cada una.

El general Villatte amagó al cerro y cubrió el llano, y el general Ruffin siguió la dirección que se le había comunicado.

El ataque del cuarto cuerpo tuvo al principio todo el éxito que se podía esperar; pero fué en breve rechazado, y su movimiento retrógrado, que dejaba descubierta la izquierda del general Lapisse, le precisó á detenerse á pesar de su primer triunfo; había desbaratado el centro del enemigo é introducido en sus tropas el mayor desorden. Coadyuvó á esto poderosamente la artillería dirigida por el general d'Aboville. Esta arma prestó en aquella ocasión, como en todas, grandes servicios. Mucho contribuyó al buen éxito de este ataque el general Latour-Maubourg con los movimientos que hizo su caballería. Pero fué desgraciadamente herido en la frente el general Lapisse, que murió á los pocos días. Perdió el ejército uno de sus buenos oficiales generales, y sintieron mucho su muerte el señor duque de Bellune y todo el primer cuerpo.

Todas las tropas se han conducido bien, en particular el 16 de infantería ligera, el 8.º y el 54 de línea; el tercer batallón del 54, mandado por el jefe de batallón Martín, se ha distinguido por las diversas cargas que ha dado á la bayoneta.

Han sido heridos los coroneles Philippón del 54, Barrié del 55, el jefe de batallón Ghenerer, que mandaba el 16 ligero; los coroneles Dermoncourt, del 1.º de dragones, é Ismert del 2.º; los generales Laplane y Chaudrón Rousseau se han señalado por sus buenas disposiciones.

Sólo un ligero movimiento de indecisión advirtió el señor mariscal duque de Bellune en uno de los regimientos de la división del general Lapisse; pero S. E. acudió al punto, y evitó los inconvenientes que podían originarse.

Mientras la división Lapisse lograba estas ventajas sobre el centro del enemigo, maniobraba el general Villatte al pie del cerro disponiendo la brigada destinada á cubrir el llano. Estaba ya formado en columna el batallón de granaderos á las órdenes de Mr. Bigex, el regimiento 27 hacia el mismo movimiento cuando el enemigo determinó cargarlos con su caballería. Fué ésta recibida con la mayor serenidad y con gran denuedo por el batallón de granaderos y el 27 ligero, á cuyos pies cayeron muchos caballos y jinetes. El 23 de dragones ligeros, que iba á la cabeza de la carga, penetró en el valle á pesar del fuego del 27 y del batallón de granaderos, pasando por entre las divisiones de Villatte y Ruffin. Salió al encuentro la brigada Stolz, compuesta de los escuadrones 10 y 26 de cazadores; maniobró el general Stolz con sus tropas dejando pasar al enemigo y acometiéndole por retaguardia, con lo cual la refriega se trabó de una manera encarnizada. El señor mariscal duque de Bellune, que desde la cortina donde estaba situada la artillería había visto la caballería enemiga abrirse paso, envió contra ella los lanceros polacos y los caballos ligeros de Westfalia, que la acometieron á un tiempo de frente y de costado. Sólo se salvaron cinco hombres del 23 de dragones ligeros; todos los demás fueron muertos ó cogidos. Los señores generales Villatte y Cassagne, que estaban con el 27,

se vieron arrastrados por el ímpetu de la carga y tomaron parte en ella.

El señor coronel Lacoste y el jefe de escuadrón Bigex se han distinguido muy particularmente en este encuentro.

Había continuado el general Ruffin su movimiento, y ya á la cabeza de su columna iba á envolver la izquierda del enemigo cuando recibió orden de detenerse y permanecer en aquella posición.

Eran las cinco de la tarde, é insistía el señor mariscal duque de Bellune en que S. M. C. mandase un segundo ataque en toda la línea; era evidente que desconcertado el enemigo por los ataques anteriores y por las pérdidas que había sufrido, estaba dispuesto á retirarse. Ya en su centro había pocas tropas, su artillería hacía pocas descargas, y era de creer que ó hubiese retirado parte de sus piezas ó le faltasen municiones.

El cuarto cuerpo, que se había reunido á cierta distancia del terreno donde había peleado, recibió orden de avanzar sostenido por la reserva y por la guardia del rey. Todo se esperaba de este último esfuerzo; pero vinieron á avisar á S. M. C. de que una columna enemiga se dirigía á Alberche por el camino real de Talavera, y S. M. C. envió uno de sus ayudantes al señor mariscal duque de Bellune participándole este movimiento y al mismo tiempo su intención de verificar la retirada. Insistió de nuevo el señor duque de Bellune enviando á decir á S. M. C. que no había motivo ninguno que hiciese la retirada precisa; que el enemigo, lejos de atacarnos, trataba al parecer de verificar la suya, y que la marcha de aquella columna hacia el Alberche podía frustrarse con sólo que atacase el cuarto cuerpo.

En este estado permanecieron las cosas hasta la noche, descubriendo los ingleses pocas huestes; algunos cuerpos de caballería intentaron asomar por el centro, pero los barría al punto la artillería de la mesa.

Mandó el señor mariscal duque de Bellune que hiciesen un reconocimiento hasta la ciudad de Talavera el 5.º de línea y el 5.º de cazadores con objeto de saber de positivo el movimiento de los enemigos en aquella dirección; nuestras tropas y el enemigo habían abandonado una parte del campo de batalla del cuarto cuerpo. Hasta llegar á un cuarto de legua de Talavera no se encontró fuerza enemiga; vióse allí una columna que se dirigía desde la ciudad al camino de Casa de Salinas; pareció poco considerable y como un mero reconocimiento que el enemigo hacía por su parte para saber qué se habían hecho las tropas que por aquel punto le habían hostilizado.

El señor mariscal duque de Bellune estaba resuelto á pasar la noche en sus posiciones y á hacer al día siguiente un nuevo esfuerzo para desalojar enteramente al enemigo de las suyas. Despacháronse órdenes á los generales para que conservasen las que habían quitado al enemigo, hiciesen distribuir cartuchos, y estuviesen prontos á pelear á la mañana siguiente. Iba el señor mariscal á despachar un expreso para dar cuenta al rey de sus disposiciones, cuando recibió aviso de que el cuarto cuerpo y la reserva marchaban ya para repasar el Alberche y de que el movimiento de retirada mandado por el rey era resultado de la presencia del ejército de Venegas á las puertas de Madrid y del estado de fermentación en que la capital se encontraba. No

era posible ya que el primer cuerpo se mantuviese en las posiciones de que había lanzado al enemigo.

Dispúsose la retirada, dejando á las tropas descansar primero en el campo de batalla hasta las tres de la madrugada. Hízose con el mayor orden, sin dejar en el campo un solo carro ni un solo herido.

La caballería no abandonó su posición sino al romper el día.

A las seis de la mañana todo el cuerpo de ejército estaba reunido en la orilla izquierda del Alberche en el mismo orden que cuando acometió al enemigo el 27.

La pérdida del ejército inglés es de mucha consideración, y puede evaluarse en diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; el primer cuerpo ha disparado cinco mil cañonazos contra sus líneas á una cuarta parte de su alcance; han muerto los generales Mackenzie y Langwerth y cuatro coroneles: en Talavera se han encontrado heridos doscientos oficiales y tres mil soldados.

Para formarse una idea de lo que este ejército ha sufrido, baste decir que el primer cuerpo, que había quedado sólo en observación mientras la reserva y el cuarto cuerpo se dirigían contra Venegas, ha podido permanecer los días 29, 30 y 31 á una legua del campo de batalla sin ser molestado por los ingleses.

La pérdida del primer cuerpo ha sido también muy grande: han muerto veintiséis oficiales y cuatrocientos veintitrés soldados, y han salido heridos ciento veintiséis de los primeros y tres mil trescientos cuarenta y uno de los segundos.

Cuartel general de Talavera, 10 de agosto de 1809.

*El general de brigada,*

*jefe del estado mayor general del primer cuerpo.*

EL REY JOSÉ AL EMPERADOR

*Madrid, 30 de agosto de 1809.*

»Señor:

»Tengo el honor de dirigir á V. M. el informe del señor mariscal Jourdan sobre las operaciones del ejército de V. M. desde el 23 de julio al 15 de agosto. He encargado á un oficial que lleve á V. M. duplicado este informe; pero es probable que reciba V. M. antes esta copia que envió por la estafeta. Lleva también el mismo oficial el informe del mariscal Víctor, que V. M. leerá con disgusto porque es difícil formarse idea de la ciega pasión que lo ha dictado. Mi honor y el del ejército me han precisado á enviarle la respuesta adjunta. Si pueden ser gratos á V. M. los triunfos que han conseguido sus armas en España y nuestros esfuerzos para lograrlo, yo le pido como merced, en nombre de sus más caros intereses, que busque destino en Alemania, en Francia ó en Italia para el mariscal Víctor y aun para el mariscal Ney. Este último ni obedece al mariscal Soult ni me obedece á mí. Me ocupo actualmente en hacer restablecer las comunicaciones. Hemos perdido varias estafetas, dos que venían de Francia y tres que iban; en estas últimas iban para V. M. mis partes de las jornadas de Talavera y Almonacid. El enemigo que las ha interceptado sólo habrá visto en ellas la relación de sus desastres. No me atrevo á confiar á la estafeta la relación del mariscal Víctor.

»Reitero á V. M. la petición de que se digno permi-

tirme sacar de cada regimiento veinte hombres para mi guardia, pues ha quedado reducida á escasisima-fuerza.

»Mi ayudante el general Strolz ha tenido la suerte de mandar la brigada que ha cogido prisionero al regimiento 23 de caballería inglesa. Ruego á V. M., como recompensa que estima él muy superior á cuanto pudiera concedérsele, que le haga oficial de la Legión de Honor, cuya simple cruz tenía ya recibida. Es el mismo oficial á quien encargó V. M. un reconocimiento al llegar á Vitoria, y que, al dar cuenta de él á V. M. en Burgos, mereció que me dijese: «Este oficial es de buena fibra.» Así lo ha probado en las acciones de Alcabón, Talavera y Almonacid.

»Queda de V. M., señor, humilde servidor y afectuoso hermano,

»JOSÉ.»

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE BELLUNE.

*Madrid, 27 de agosto de 1809.*

»He recibido, señor duque, su carta de usted de Daimiel, fecha del 20, con el informe del jefe de estado mayor del primer cuerpo, fechado en Talavera el 10. Propóneme usted que le apruebe; nada podía en verdad sorprenderme más después de haberlo leído, porque semejante escrito es una diatriba artera de las relaciones que entre nosotros han mediado desde la batalla de Medellín hasta la de Talavera. Preciso es que le hayan á usted hecho formar una idea bien singular de mi carácter ó que se haya usted engañado á sí mismo desnaturalizando completamente los motivos que he tenido para obrar siempre con usted en todas las circunstancias de la manera que lo he hecho. El tono de ese informe es propio de un hombre que, descontento de mandar tan sólo el cuerpo más rozagante del ejército, se esfuerza en probar que si hubiera podido él dirigir todas las operaciones, los resultados hubiesen sido felices; que no lo han sido bajo mi mando, porque no plugo al emperador ponerme bajo sus órdenes de usted. Habiendo usted, señor mariscal, padecido tan extraña equivocación acerca de la índole de nuestras relaciones hasta el presente, no le sorprenderá que desde ahora le diga la verdad por entero.

»No hablo del paso del Tajo, de los puentes incendiados y de otras cosas; me refiero sólo á lo de Talavera. Desnaturaliza usted todos los hechos; supone usted derrotado al cuarto cuerpo, que ha rivalizado en gloria con el primero; supone usted que se retiró la reserva que en toda la jornada no hizo más que un movimiento de flanco exigido por las circunstancias; pretende usted haberse tenido que retirar por seguir el movimiento del cuarto cuerpo y de la reserva el 29 por la mañana; olvida usted la carta que yo le escribí durante la noche, y se olvida usted de que estaba yo enteramente solo, descansando todos, cuando supe por la llegada del cuarto cuerpo que usted había emprendido la marcha. Usted ignora que el general Milhaud entró en las primeras casas de Talavera, donde no encontró á nadie, y que muchos oficiales entraron en la ciudad abandonada y solitaria; ignora usted que mi intención aquel día fué siempre la de repasar el Alberche, pero quería reconocer al enemigo en la madrugada.

»Cuando vi á usted el 29 por la mañana en su anti-

gua posición de Cazalegas sabía yo ya todo esto; nada le dije á usted; le manifesté por el contrario la satisfacción que me había causado su conducta enérgica el día 28. Intenté consolar á usted por no haber podido apoderarse de la mesa, que estaba ya dispuesto á hacer atacar, por haberme dicho usted, señor mariscal, repetidas veces: «Renuncio á la guerra si con el primer cuerpo no puedo tomar esa posición.» Veía con entusiasmo los esfuerzos hechos por usted para conseguirlo y el arrojo personal con que usted mismo reunió las tropas, que por espacio de algunos segundos necesitaron oír su voz y contemplar su continente para recordar que pertenecían al primer cuerpo del ejército imperial; y me es mucho más sensible de lo que usted cree no poder persistir en mi noble generosidad.

»En aquel momento afortunado en que veía cumplido mi encargo y á ochenta mil enemigos desalentados hasta el punto de no atreverse ya á hacer movimiento alguno; en que conocía que su cuerpo de usted, demasiado débil cuatro días antes para contener al enemigo en aquella posición, se había hecho después de la batalla de Talavera tan imponente y respetable cuanto era necesario para detenerle, mientras iba yo con el resto del ejército á libertar á Toledo y á Madrid y á batir á Venegas, dando tiempo al duque de Dalmacia de caer sobre las espaldas de los ingleses; en aquel momento, señor mariscal, sólo debía expresar á usted mi satisfacción. Si usted no me obligase á recordar cosas que había olvidado para sacarle del error acerca de la opinión que de mí se ha formado, no me hubiera acordado nunca de que embistió usted mal por tres veces la mesa de Talavera, el 27 por la noche y el 28 por la mañana con muy escasa tropa. El mismo 28 le mandé á usted dar el ataque con tres brigadas á la vez, dejando las otras tres de reserva, y no lo hizo usted así.

»Varios oficiales, y entre otros un ayudante del general Latour-Maubourg, que usted me envió, señor duque, en la noche del 28 al 29, me dijeron en presencia de todo el estado mayor del ejército que el enemigo le envolvía á usted por la derecha, procurando también caer sobre la izquierda del cuarto cuerpo; otros oficiales me dieron de parte de usted informes contradictorios, y entonces fué cuando me decidí á escribir á usted de mi propio puño pidiéndole una relación por escrito y cuando dí orden á todos de que descansasen entretanto y permaneciesen en sus posiciones hasta nueva orden.

»Pero advierto, señor mariscal, que entro en pormenores inútiles y me apresuro á terminar esta carta para usted y para mí ya enojosa, declarándole con toda franqueza que considero el informe que usted me ha enviado como lleno de falsedades. Mi mando al parecer le es á usted muy gravoso; yo por mi parte no debo ocultarle que deseo con tanta ansia como usted mismo que S. M. Imperial y Real se digno emplearle en otra parte.

»JOSÉ.»

EL DUQUE DE BELLUNE AL REY JOSÉ.

*Toledo, 14 de septiembre de 1809.*

»Señor:

»Tengo el honor de dirigir adjunta á V. M. la justificación resumida en mi carta del 4 del corriente. Dígn-